

Singular

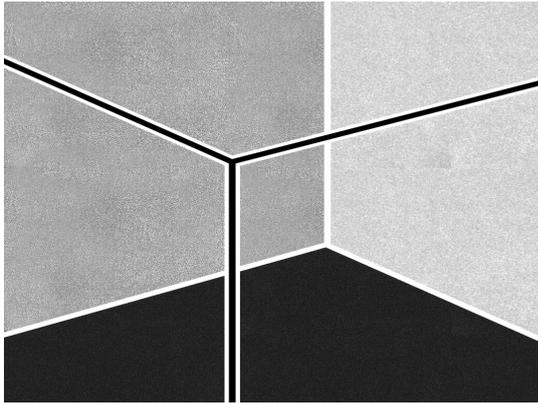
Adam Gerstmann



Capítulo 1

Singular

Adam Gerstmann



© 2020 por Adam Gerstmann. Todos los derechos reservados.

"Die Grenzen meiner Sprache bedeuten die Grenzen meiner Welt."

("Los límites de mi lenguaje implican los límites de mi mundo.")

Ludwig Wittgenstein

Siempre he creído que es posible sentir lo inefable, mas, continúo preguntándome si es posible pensarlo.

Prefacio

Esta es una obra de ficción y, en alguna medida muy menor, de ciencia. A continuación, usted encontrará historias de futuros imaginarios improbables. Podrán llegar a parecerle plausibles, sin embargo, deseo anticiparle lo contrario. ¿Por qué? Pues bien, en todos ellos hace falta al menos un elemento crucial. Digo "al menos", ya que con seguridad la cantidad de elementos cruciales faltantes sea cuantiosa.

Confío en que aquello que determina una época reside en lo nimio, en lo invisible, o en el detalle. Detalles que caben en nuestras manos, o elementos tan imbricados con nuestra actividad, que dejamos de considerarlos para todos los efectos. Y, por cierto, contamos con muchos más de estos elementos, de los que podemos registrar en un momento

dado.

Esta obra no pretende ser un tratado de predicciones ni una propuesta de desarrollo. Todas las historias que encontrará aquí existen ya en el imaginario de nuestra realidad actual. Cada historia se basa al menos en alguna especulación, teoría o propuesta preexistente sobre el futuro. Algunas de ellas ya se encuentran en desarrollo rudimentario, como lo son las inteligencias artificiales o las redes neuronales interpersonales. Otras aún no se divisan realizables en el horizonte de centenarios, por ejemplo, la esfera de Dyson. Luego, también existen aquellas respecto de las cuales la ciencia aún no llega a consensuar siquiera su plausibilidad en absoluto, como sucede con los viajes en el tiempo o las extrapolaciones a la tabla periódica de elementos.

Alguna vez oí decir que aquel que escribe sobre el futuro es quien sueña con él y ansía conocer los misterios del universo. Ninguna ficción narrativa sobre el futuro, sin embargo, fue benévola jamás. Yo preferiría vivir en la época de las cavernas, siempre lo he dicho. En más puedo asegurar, con toda tranquilidad, que mi mayor terror es el futuro.

La velocidad de la miel

“Todos creen que el primer cyborg fue Johnny Ray. Un hombre que, en 1998, gracias a una audaz operación que implantó electrodos en su cerebro, fue capaz de controlar rudimentariamente un ordenador con su mente.” Así es como me gustaría comenzar mi historia, me gustaría que el primer cyborg no hubiese sido Johnny Ray. Y que el segundo tampoco hubiese sido el neurólogo que lo implantó, quien además arriesgó su vida sometiéndose a sí mismo a un procedimiento idéntico dieciséis años después. Tendría mucho más mérito. No me encontraría bajo el mismo estrés y frustración con los que debo cargar hoy, de haber sido así. Un científico que solicitó un procedimiento para implantar electrodos en su propio cerebro, esa era la fórmula cyborg que esperábamos.

Lamentablemente, esta historia no trata de él. Quizás si hubiésemos trabajado juntos él y yo, el mundo sería completamente distinto hoy en día. Un sujeto con esas características podría haber dado vida a una nueva generación cyborg global. Podría haber significado el inicio de las prótesis de todo tipo y la incorporación eventual de nuestras mentes a un ordenador.

—Señor Cooper, si pudiera ceñirse a los hechos. Le recuerdo que todo lo que diga irá al expediente de su caso.

Mi historia comienza el 2006, cuando Infinity, que entonces era más conocida por su identidad virtual, comenzaba a incursionar en la exploración de nuevas tecnologías en varios campos de la ciencia. En un mismo edificio de 200 niveles, trabajábamos quince divisiones distintas,

todas para Infinity. Por entonces mi amigo Gary Moore participaba del desarrollo de la primera computadora cuántica, francamente lo envidiaba, sólo por presionar el piso 21 en el ascensor, era el fervor de la popularidad. Su unidad abarcaba desde el piso 4 hasta el 37, cuanto más cercano al sexto piso, más popular se era. A fin de cuentas, ese era el proyecto estrella de Infinity Unravells, la rama de Infinity que agrupaba a las quince divisiones y cuyo nombre estaba escrito en letras gigantes sobre la fachada del edificio en la costa de Silicon Valley, visible incluso a simple vista desde Fremont.

Yo no era tan popular. Trabajaba en los pisos 122, 123, 124 y 126. Desde el piso 115 hasta el 131 se encontraban los desarrollos de tecnología médica. En los cinco pisos superiores se encontraba nanotecnología alopática y en los siete inferiores estaba V-Limbs, la única sección de la unidad con nombre patentado, donde se desarrollaban prótesis inteligentes. De toda la división, creía que mi área era la más prometedora, la más importante. Aunque durante muchos años dejé de creerlo, hoy sé que no me equivocaba.

La mayoría de mis colegas eran neurocirujanos, como yo, o ingenieros. Teníamos un equipo de IT y un experto en computación por nivel, que se ocupaban de afinar el final de fase. En el piso 125 estaba el área de diseño, donde se elegían los materiales y se fabricaban todos los insumos médicos no convencionales, como los electrodos que usábamos en cirugía. Nuestra misión era simple y contundente: avanzar en los desarrollos de cirugía encefálica para el tratamiento de traumatismos y disfunciones cerebrales. En palabras simples: mejorar la medicina cerebral, especialmente la intervención quirúrgica. Para ello no sólo explorábamos el cerebro humano, también desarrollábamos todo tipo de dispositivos de soporte. El 2004, por ejemplo, lanzamos la vaina medular, usada hasta hoy en día, y que permite a un tercio de los pacientes con parálisis funcional menor, recuperar la movilidad de hasta un cien por ciento en sus extremidades atrofiadas. El 2005 lanzamos el menos popular Quiasmax, un sensor que se instala bajo la glándula pineal de pacientes con ceguera y les permitía recobrar funcionalidad espacial volviéndolos capaces de orientarse como si pudiesen ver, tal como en ciertos tipos de afasia visual.

Pero bien, debo estar aburriéndole con detalles de mi historia. Para resumir, quiero decir que estaba orgulloso de mi trabajo. Aunque no tuviésemos tanto prestigio como otras divisiones, nuestros desarrollos eran verdaderamente importantes y estaban ayudando a muchas personas. Así fue hasta el 2006, ese año todo nuestro trabajo se fue por el desagüe.

Esperaba a una paciente que tenía una rara patología de desfase en el procesamiento de sonidos e imágenes, algo biológicamente inocuo, pero que le causaba particular incomodidad. Sería la tercera y última sesión de

afinamiento posterior al tratamiento de remielinización de las vías auditivas. La paciente no llegó, en su lugar apareció alguien completamente distinto: Harry Moulder, un paciente con leve hemiplejía atáxica. Harry Moulder, tome nota de ese nombre. Al verlo me emocioné, habíamos estado esperando un paciente atáxico por meses para probar un producto que nos lanzaría a la fama: los primeros implantes neuronales.

Estábamos buscando un paciente con esas características, porque ese síndrome necesariamente implica una lesión o malformación en el cerebelo. Eso significaba que podíamos tratarlo sin riesgo de afectar las funciones cognitivas. En números, si algo salía mal y el paciente perdía movilidad, la demanda judicial sería mucho menor que si perdía habilidades cognitivas. Si todo salía bien con ese paciente -y confiábamos en que así sería-, si los implantes en el cerebelo no eran rechazados por su organismo, nos daría pie para comenzar pruebas en el neocórtex cerebral: el verdadero cerebro.

Sally Quan, mi colega, que lo escoltaba desde la recepción, me miró con una sonrisa de oreja a oreja, levantando sus escasas cejas. El movimiento descoordinado y escalonado de las extremidades derechas no podía significar otra cosa: Ataxia. Y si estaba en el piso 123, tenía que ser por degeneración cerebelosa hereditaria, intratable por medios convencionales. Éramos un par de ratones, y el cofre que nos habían puesto delante estaba lleno de queso. Sólo hacía falta operar. Claro que, como todo investigador sabe, no existe el paciente perfecto. Lo recordé cuando me miró a los ojos, con esas esferas brillantes repletas de ingenuidad y me preguntó —¿Mamá?—. Miré a Sally con preocupación, si bien podríamos observar la recuperación a través de imágenes, probablemente sería imposible administrar pruebas conductuales con resultados confiables. Para eso necesitábamos que la comunicación interpersonal estuviese intacta. Ella me miró de vuelta sin mucha preocupación, y sólo indicó —Ínsula—. Al parecer el área responsable de la coherencia emocional con la información visual estaba dañada. Además, el paciente tenía un coeficiente intelectual muy por debajo del promedio.

En ese momento decidimos no hacernos más problemas, había que operar y punto. Intentaríamos corregir la degeneración cerebelar, como estaba planificado. Luego nos preocuparíamos por las pruebas de fiabilidad. En la sala de operaciones siempre teníamos a dos neurocirujanos, uno observaba y opinaba, mientras que el otro operaba. Trabajábamos para Infinity: podíamos darnos esos lujos. Además de Sally y Yo, siete profesionales médicos más estaban presentes para asistirnos. Antes del procedimiento teníamos dos reuniones. Una entre los dos neurocirujanos, en la que discutíamos todo el procedimiento en detalle, y otra con el resto del equipo. En aquella les hacíamos saber ciertos lineamientos generales de lo que sucedería, y qué sería lo que iríamos a requerir, así como qué

cosas podían salir mal.

Mientras discutíamos el procedimiento, yo tenía bastante claro qué podía pasar con el cerebelo. Tomé las resonancias magnéticas y marqué ciertos puntos clave. Había afecciones de todo tipo y eso era bueno para nosotros. Teníamos daño en regiones responsables de motricidad fina y gruesa. Se condecía con las pruebas físicas que le habíamos aplicado. Entonces Sally tomó el marcador e hizo un círculo sobre el hipocampo en varios niveles —¿Qué haremos con lo que encontremos aquí?—. Se quedó mirándome fijamente, supe exactamente a lo que se refería. Había sólo dos respuestas posibles: nada o intervenir. No podía negarlo, yo también lo había pensado. Es más, estaba completamente tentado, pero no me hubiese atrevido a proponerlo. Era una oportunidad única, el mismo paciente que llegaba con daño cerebelar, tenía daño en la ínsula. Era la oportunidad de intervenir el cerebro a nivel global. Cientos de pensamientos me atravesaron la cabeza en ese momento. Me pregunté qué pasaría si algo salía mal. Qué pasaría si alguien lo notaba. Cómo explicaríamos los resultados si la intervención tenía éxito. Pero no podía decirle ninguna de estas cosas, -nada o intervenir- era todo lo que podía responder, Sally era astuta y no correría más riesgos de los necesarios. No operaría fuera de la norma si notaba una pizca de inseguridad en mi respuesta.

Asentí y ella hizo lo mismo. No se necesitaba nada más, íbamos a hacer la intervención a escondidas. Luego inventaríamos algo, como que las neuroprótesis se habían desplazado por su cuenta o algo así. En ese momento habíamos apostado por convertir a una persona con una discapacidad cognitiva severa en una persona completamente funcional. En el mejor caso, el implante podría incluso aumentar su coeficiente intelectual al de una persona promedio. Si teníamos un mínimo de éxito, nuestros nombres pasarían a la historia.

Debe preguntarse por qué le confieso todo esto de motu propio. Si se hubiese sabido yo hubiese perdido mi facultad para ejercer la medicina. Probablemente esté pensando que en mi lugar sería más cuidadoso con lo que revelo. Pues, ya verá que todo eso da igual.

El procedimiento salió bien. Harry Moulder mostró una modesta mejoría en su hemiplejía a los pocos días. La ataxia también mejoró levemente. Cuando volvimos a verlo, sus movimientos eran más fluidos. Los resultados eran positivos, aunque menos sorprendentes de lo que todos habíamos esperado. Los más desconcertados éramos Sally y yo, ¿por qué? No por las mejoras, sino por la ausencia de ellas. No había cambios en su conducta, ni en su lenguaje, ni en su comunicación. Le habíamos implantado una masa de neuronas desarrolladas a través de nanotecnología en todo el centro del encéfalo. En otras palabras, le habíamos instalado una microcomputadora en el cerebro. Había sólo dos alternativas: O se volvía más inteligente, o se atrofiaban sus funciones

cognitivas severamente. Sin embargo, nada, nada de ello ocurría. Era como si no le hubiésemos hecho nada.

De lo que ocurrió luego, nunca conocí las causas reales. Aunque hoy en día me hago una idea. Si estoy en lo cierto, no había nada que pudiésemos hacer al respecto. Los pisos en los que trabajaba fueron clausurados, y poco después, toda la división de medicina. No nos dieron un motivo. De la noche a la mañana nos informaron que todos nuestros contratos habían finalizado. Luego leí en los periódicos que Infinity Unravells había cerrado definitivamente su división de proyectos médicos.

Desde entonces todo se fue en picada. Desde el 2006 hasta el 2027 me fue imposible conseguir empleo formal como médico. Me desempeñé como médico particular referido por contactos antiguos. Llegué a enterarme de que todos mis colegas se encontraban en condiciones similares. Era como si los neurocirujanos hubiesen dejado de ser necesarios en el sistema médico. Nadie que conociera en mi rama tenía empleo, era absurdo. Visité hospitales en todo el país ofreciendo mi currículum y me topé con algo sumamente peculiar. Todos los neurocirujanos vigentes eran extranjeros. La mayoría de los apellidos me sonaban latinos, aunque también había muchos impronunciables, probablemente orientales. Fue un boicot. Estoy seguro de lo que digo, fue un boicot en contra de todos los neurocirujanos americanos. No, en contra de los neurocirujanos no. En contra de la neurocirugía misma.

Esa fue la vida a la que tuve que acostumbrarme durante años. Por más que buscaba, no había forma. La investigación cesó, las publicaciones se esfumaron. Incluso los posgrados en neurociencia mermaron casi hasta la extinción. En ningún momento lo relacioné con el cierre de la división médica en Infinity Unravells, ni mucho menos con la última intervención que habíamos hecho junto a Sally. Mi amigo Gary Moore continuaba trabajando en el mismo edificio. En una oportunidad me comentó que en los pisos 115 al 131 se había instalado una nueva división informática en la que se desarrollaban aplicaciones móviles y computacionales, cuestiones realmente triviales. Él por su parte continuaba en el ámbito de la computación cuántica, incluso luego de que abrieran la nueva investigación sobre computación gravitacional. Por lo que conversaba con él, Infinity Unravells seguía tan vivo y vigente como siempre, innovando cada vez más.

Finalmente, el 2027 mi suerte cambió. Recibí una llamada de Sally Quan. Por lo que sabía, se encontraba en una situación similar a la mía. Sally me contactó para proponerme algo inusual. Me dijo que quería volver a visitar Infinity para ofrecer sus servicios allí y me invitaba a tocar la puerta con ella. Le pregunté qué la hacía pensar que podían estar interesados en nosotros, también le comenté que estaba enterado de que ya no existía siquiera una división médica. —No se pierde nada, me cuesta creer que la división haya desaparecido. Y la verdad es que también tengo ánimos de

preguntar qué sucedió con la división. Quizás después de veintiún años podamos tener una respuesta. Ha pasado suficiente tiempo, creo yo—. Le pregunté por qué en ese momento. Me habló de Infinity, de cómo había crecido con o sin nosotros. Creo que ella misma no sabía qué la había llevado a pensar en tocar la puerta de Infinity Unravells nuevamente. Quizás era intuición.

Mirando atrás, Infinity había crecido a ritmo acelerado, especialmente desde el cierre de nuestra división. Claro, por aquella época no era lo que es hoy, claro que no. Puede que usted no lo recuerde. El 2006 Infinity era la corporación más conocida en servicios virtuales. Administraba las principales redes sociales y de publicidad, y eso era mucho decir. Pero no era más que eso. Estaba lejos de ser el monopolio que es hoy. No, en aquella época también había otros desarrolladores de ordenadores y teléfonos móviles. Se suele decir que Infinity abarcó el monopolio desde que se popularizaron los Intergos. Antes de ellos la gente hacía con los teléfonos móviles prácticamente lo mismo que se hace con un Intergo hoy. Se suele decir que con el invento del Intergo, Infinity se apropió del monopolio virtual, pero la verdad es que, al ritmo que estaban creciendo, iban a conseguirlo de una u otra forma.

En fin, fuimos a Infinity Unravells a buscar una oportunidad, o respuestas, lo que fuera. Nos hicieron pasar al piso 198, nunca había subido más allá del piso 131. Nos tuvieron esperando casi tres horas, hasta que nos hicieron pasar a una sala con una mesa de conferencias angosta en la que nos sentaron a ambos solos. En cuanto el asistente se retiró del cuarto, en la mesa se encendieron dos pantallas delante de nosotros, donde se mostraba el contrato. ¡Nos estaban ofreciendo un puesto! Leí un par de párrafos y no pude contener más la curiosidad, así que salté hasta el final. Eran cuarenta y cuatro páginas de contrato. Detallaba casi únicamente las prohibiciones del cargo, principalmente acuerdos de confidencialidad. Y al final, lo que buscaba "...para el cargo de médico general, asistente de investigación.". Se lo mostré a Sally, pero no le prestó atención. Estaba contento, era más de lo que esperaba. Realmente no esperaba nada, y aquello me venía mucho mejor que una respuesta. Era una mísera oportunidad de retomar mi carrera profesional formalmente. Me pareció que Sally estaba algo reticente a firmar, pero firmó de todas formas. Yo no lo pensé dos veces.

Luego de eso nos hicieron pasar al piso 200, la recepción tenía vista hacia San Francisco, se podía ver toda la costa. Diría que incluso pude reconocer Sacramento a lo lejos. Nos dijeron que esperábamos a Mike Hunger, el magnate dueño del 90% de las acciones de Infinity. Sabía usted que además es dueño de la mayoría de las principales compañías de televisión y medios en los Estados Unidos, y un centenar de otras cadenas de medios internacionales. Sí, escuchó bien, Mike Hunger, el Mike Hunger. El mismo que entonces estaba preparando su campaña para las presidenciales. En ese momento lo tomé como una señal de mi suerte.

Mike Hunger estaba allí y estaba interesado en conocernos en persona, a los dos neurocirujanos recién contratados para Infinity Unravells. Parecía saber todo sobre nosotros. Tenía un aire imponente que se sentía en seguida, pese a que su estatura es bastante promedio. Pero sin duda lo que más se grabó en mi memoria, fue la forma en que me saludó. Al acercarme extendí mi mano derecha para saludarlo, en el mismo momento él extendió su mano izquierda, de forma que casi chocó con la mía. Inmediatamente recogí mi mano derecha y extendí la izquierda, mientras él hacía exactamente lo opuesto, como si hubiese adivinado mis movimientos. Entonces lanzó una carcajada, me tomó del hombro y me estrechó en una especie de abrazo a medio camino que me resultó particularmente incómodo. Sentí que había un juego en ello que utilizaba como una prueba rápida de carácter para clasificar a las personas. Quizás le estoy dando demasiado significado a un simple malentendido. Eso pensé; en realidad era todo lo contrario.

En el ascensor, Sally me dio sus propias impresiones, y aprovechó de traer a colación el pasado —¿Recuerdas el último proyecto que tuvimos antes de que la división clausurara?— Cómo no iba a recordarlo, era el proyecto que nos hubiese lanzado al éxito. —Recuerdas el paciente— Lo recordaba vagamente. —Hay algo que nunca te mencioné. No sólo tenía daño en el cerebelo y la ínsula. Las imágenes funcionales también mostraban una hiperactivación de las neuronas espejo— Las neuronas espejo se activan de la misma forma cuando vemos a alguien realizar una acción que cuando nosotros mismos realizamos esa misma acción. No había escuchado antes de un síndrome que produjera una activación de ese tipo. Supuse que podría corresponder a una respuesta comportamental para suplir la dificultad al reconocer estímulos. Algo así como una intención de imaginarse actuando lo que se ve para poder entenderlo. —Claro, ¿pero en qué crees que derivaría una cosa así?— No me fue necesario responder, ella misma lo dijo de inmediato, como si estuviese dándome la solución a algo que nos acosaba desde aquella época. —Ecopraxia—, la imitación compulsiva de los movimientos de otros.

Entonces no entendí a qué se refería. Tampoco le di importancia, estaba demasiado emocionado por volver a ejercer formalmente. El pasado me había dejado un poco más tranquilo. Claro que iba a trabajar como médico general, ¿no le parece extraño? Mi contrato volvía a ser por una suma respetable, pero como médico general. ¿Qué cree usted? Luego de veintiún años en que la tecnología neuroquirúrgica estuviese muerta para mí, finalmente iba a trabajar como médico general. ¿No ve un patrón en eso? Yo ciertamente no lo vi. Estaba concentrado en lo que venía, en echar mano nuevamente a las máquinas y las herramientas. A vestirme de verde, o celeste, o de blanco, pero con algo más que mi apellido para mostrar. Así es como terminé aquí.

—Esa es la historia que continúa repitiendo, señor Cooper. Pero hasta ahora apenas ha nombrado vagamente el nombre de la víctima.

Usted realmente no entiende, ¿verdad? No, algo me dice que usted sí entiende. Quizás usted está siendo manipulado como todos los demás. Después de todo, no tenía ninguna expectativa de que algo de esto llegara a buen puerto. Yo desde ese momento asumí mi derrota. Pero ese sujeto insiste en destruirme.

—¿Ese momento?

Sabe perfectamente a qué me refiero, es lo que desea escuchar, ¿no? Preste atención, se lo contaré con lujo de detalles. Usted sabe que lo que está haciendo, que lo que le están haciendo hacer, no es bueno. No es correcto. De manera que no me detendré en rodeos. Durante todo un año no hice más que acarrear informes de un lugar a otro, hacía trabajo de asistente. Hasta que un día me dijeron que llevaría a cabo una intervención como neurocirujano. Usted podrá imaginar la emoción que sentí en ese momento. Ahora imagine la desilusión que sentí cuando vi que el paciente era una carcasa metálica rellena con un cerebro de plastilina. Un muñeco, un simulacro. En eso consistieron los siguientes nueve años de mi vida. Con el tiempo fueron presentándome maniqués más realistas. Pero no corregían el problema de que sangraba demasiado. Era como si lo hubiesen hecho intencionalmente, el condenado robot estaba hecho para desangrarse, no había incisión que no derivase en un diluvio carmesí instantáneo. Como fuera, el robot continuaba allí y había que acabar cada operación. A veces se trataba de la extirpación de un segmento del cerebro, otras veces había que inyectar una sustancia en un área específica del encéfalo, o incluso instalar una neuroprótesis. Era como si la vida me diese un premio de consuelo, pero era estúpido. ¿Qué satisfacción podía haber en operar un sujeto que se desangra con la primera incisión? Y además las neuroprótesis eran completamente ridículas. ¡Un día me hicieron acomodarle un pito por sobre el cuerpo calloso! Cuál es la idea. ¿Me oyó? ¡Un pito como los que usan en los deportes!

Se lo estoy diciendo, él me hizo esto, estaba planificado, desde el día en que entré a ese edificio. No, mucho antes. Desde el día que cerró la división médica de Infinity Unravells. Usted sabe muy bien lo que ocurrió con Mike Hunger durante esos diez años. Definitivamente sabe dónde estuvo los últimos tres: en la Casa Blanca.

En fin, ese día fui a la sala de operaciones, como cualquier otro día. No había visto a Sally hacía un par de semanas. Era normal, ella también tenía que hacer las mismas estupideces por las que me hacían pasar a mí. Entré y allí estaba el robot, como siempre. Ya tenía el cráneo abierto, al igual que las últimas tres o cuatro veces. Y ya habían limpiado la sangre, aunque a esas alturas me preguntaba si en realidad no había acaso un

interruptor para el profuso sangrado, que sólo activaban cuando cortaba yo. ¿Lo ve? Jamás había tenido pensamientos de ese tipo antes de trabajar allí. Repasé los documentos, el procedimiento consistía en un corte simple en un segmento del área de broca en el lóbulo temporal, un área asociada con la producción del lenguaje. Pensé, terminemos rápido con esto, de manera que introduje el bisturí con un movimiento rápido y lo extraje. De inmediato me preparé para suturar. Obviamente lo hice de esa manera porque se trataba de un robot, con una persona real hubiese tenido mucho más cuidado. Mientras esperaba a mi asistente, el robot comenzó a convulsionar, algo que no había hecho en ninguna ocasión anterior. Mi reacción fue casi instintiva. Introduje mi bisturí por la separación de ambos hemisferios cerebrales y corté el cuerpo calloso que los une. Las convulsiones cesaron de inmediato. Primero me precí por mi reacción, comenzaba a creer que había perdido mis conocimientos luego de tanto tiempo sin practicar medicina auténtica. Pero de inmediato supe que algo estaba mal. De pronto el cerebro artificial que en un principio estaba hecho de plastilina, había mejorado tanto, que se comportaba como un cerebro real en función del resto del cuerpo del robot. De pronto, era demasiado real. Mi asistente no prestó atención, creo que notó la convulsión y vio que algo había hecho para detenerla. No creo que se haya percatado de más que eso. Me ayudó a cerrar el cráneo y suturar. Recién entonces noté que por primera vez el cráneo tenía cabello, largo cabello negro. Robert en realidad era mujer.

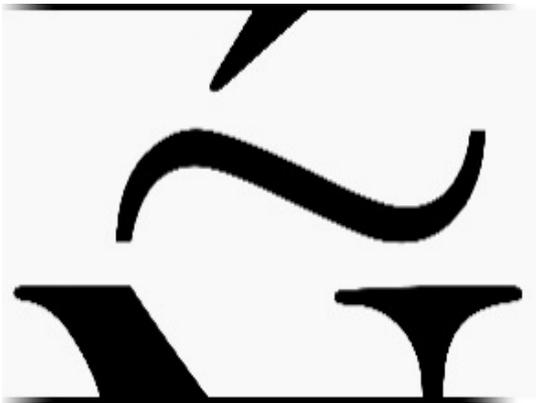
—¿Robert?

Es como llamaba al robot. Robert-Robot, no hay que darle muchas vueltas a eso tampoco. El robot tenía distintas caras. Al principio no tenía cara, no tenía siquiera cavidades oculares ni fosas nasales. Luego fueron refinando esas facciones. Las últimas versiones parecían reales, ciertamente muy reales. En fin, seguramente con el movimiento que hice había cortado más que el cuerpo calloso. Debo haber cortado el hipotálamo también y más. No fue un movimiento limpio, no tenía necesidad de serlo. Sólo lo hice para que Robert se quedase quieta. Bien podría haber arrancado los lóbulos frontales con las manos. Hubiese tenido el mismo efecto. Pero corté el cuerpo calloso, a fin de cuentas, es el procedimiento estándar para el que un paciente con epilepsia requeriría la atención de un neurocirujano. Bueno, eso fue todo lo que supe de Robert. Luego llegaron ustedes, y aquí estamos.

—Entonces admite haber ejecutado mal el procedimiento, pudiendo haberlo hecho correctamente. Veo lo que hace, señor Cooper. Debo aplaudir su astucia, pero no se lo recomiendo. ¿Quiere hacerse pasar por esquizofrénico? Nos cuenta una historia según la que una conspiración lo obligó a asesinar a su colega. Déjeme decirle que sin síntomas psicóticos no se le puede diagnosticar. Todo esto será incorporado a su expediente como agravante mediante la figura de alevosía. Por lo demás le aseguro

que un psiquiátrico es el último lugar en el que desea acabar.

Ya veo, quizás usted no está siendo controlado después de todo. En ese caso no ha comprendido nada de lo que digo. ¿Está usted enterado de lo que está celebrándose ahora mismo en Abu Dhabi? En estos precisos instantes deben estar dándose a conocer los resultados. No tiene más que activar su Intergo en cualquier página de noticias y lo verá. ¿Cuál de los siete candidatos cree usted que será elegido? Yo no necesito verlo, lo supe desde que se anunció. Como le comentaba, cuando Sally mencionó a nuestro último paciente, Harry Moore, hipotetizando sobre la ecopraxia, no lo entendí. Usted tampoco lo habrá entendido. Le puedo hacer una demostración, son las seis de la tarde del trece de junio del 2038 aquí en Nueva York. Eso quiere decir que estamos justo a tiempo. Basta que busque en su Intergo y lo vea usted mismo.



Compassar

—Usted se ha comunicado con Compassar, buenas décadas.

Nadie sabe cuánto tiempo funcionó Compassar. Algunos dicen que estuvo vigente durante trescientos años, otros dicen que apenas operó un mes. En cualquier caso, se sabe que fue fundada en 1988.

—Por favor seleccione el tipo de servicio.

En algún momento alguien intentó encontrar la compañía. Fue imposible. Alrededor del 2030 se hizo bastante popular. Fue trending topic en varias redes sociales la búsqueda de la mítica compañía que proveía servicios desde el pasado. En Encyks se detalla el primer registro de una transacción con Compassar a fines del 2028. La fuente redirige a una noticia del mismo año que reza "El proyecto privado interespacial CoZmo es ahora suplido íntegramente por energía limpia proveniente del pasado. La empresa ha optado por tercerizar su gasto energético a través de la compañía Compassar, la cual opera con base en 1988 proveyendo el

servicio para todas las operaciones.”

—Para servicios de agua presione uno. Para servicios de Gas presione dos. Para servicios de Electricidad presione tres.

El auge de Compassar creció explosivamente. En apenas un par de años ya era mundialmente conocida como la alternativa de bajo costo a una serie de servicios, desde agua y electricidad hasta redes inalámbricas. La enigmática compañía se había hecho la reputación de ser una alternativa sumamente barata para la oferta existente. La única desventaja eran los anticuados equipos que utilizaban. También fue la única razón que permitió algo de margen para que subsistieran un puñado de otras corporaciones de servicios. Los proveedores contemporáneos pasaron a ser vistos como servicios de lujo.

—Para servicios de telefonía presione cuatro. Para servicios de medios presione cinco. Para servicios de Intergo presione seis.

Muchos aspectos de la compañía del pasado resultaban misteriosos. Entre ellos, el que más interés despertaba era que no existiese absolutamente ningún registro de su existencia previo al 2028. Especialmente, que no hubiese registros del año en el que supuestamente la entidad operaba, 1988. Por más que se indagara al respecto, no existían documento, evento, relato o mención alguna que permitiesen comprobar que la compañía había operado realmente cuando decía hacerlo.

—Para servicios de Arena presione siete. Para servicios cuánticos presione ocho. Para servicios gravitacionales presione nueve.

Cuatro hipótesis sobre Compassar eran las más reconocidas para explicar que nadie lograra dar con su origen. La primera de ellas, la más evidente y aceptada, era que Compassar efectivamente se había fundado en 1988 de manera anónima y que prestaba sus servicios al futuro. Simplemente había sido capaz de mantenerse oculta durante todo ese tiempo. Probablemente gracias a las enormes ganancias que recogía. Algunos incluso afirmaban que la empresa continuaba activa siglos después de su propia fecha. Otra hipótesis bastante aceptada era la de que la empresa sólo había estado activa durante un cortísimo período de tiempo, una semana o un mes. Durante ese tiempo habían abastecido todos los servicios requeridos. Aquella teoría sirvió para apaciguar los ánimos en la década de los 30s. Luego la gente comenzó a preguntarse si era realmente posible que, en un mes de vida, un único proveedor hubiese sido capaz de dar abasto para todo el mundo durante tantos años. Por supuesto cada día que se mantenía vigente, costaba más creerlo.

—Para (...) presione 0.

Luego estaban las teorías que señalaban que 1988 era una fachada elegida para cubrir el verdadero origen de la empresa, una mentira. Una de ellas proponía que en realidad los servicios eran provistos desde otra dimensión. Bajo esta postura se agrupaban especulaciones de distinto tipo. Como que los servicios eran entregados por alienígenas, una raza alterna reptiliana en la tierra, o simplemente una dimensión paralela en la que los humanos habían desarrollado la capacidad para trasladar recursos entre dimensiones. La última hipótesis famosa, era la de que la compañía hundía sus orígenes en un futuro lejano, en el que el viaje a través del tiempo era una tecnología relativamente asequible. Dicha hipótesis se dividía entre los que creían que los recursos eran provistos desde ese mismo futuro y aquellos que opinaban que ciertamente se habían trasladado al pasado para proveer los servicios. Los primeros sostenían que la empresa mantenía un puente entre dicho futuro y el año 1988 para realizar su actividad. Los últimos, que en realidad recogían los recursos desde un pasado muchísimo más lejano, probablemente prehistórico.

—Estamos comprobando su solicitud. Por favor espere un momento en línea.

Con todo, una interrogante permanecía sin que ninguna teoría lograra explicarla coherentemente: Cómo hacía Compassar para proveer sus servicios a tiempos distintos a aquellos en que operaba. Incluso las hipótesis que sugerían que la tecnología usada provenía del futuro, carecían de sustento para explicar qué beneficio podían obtener humanos tan avanzados participando de actividad económica del pasado. Tampoco la hipótesis que señalaba un traspaso interdimensional en lugar de intertemporal salvaba la cuestión. En ese caso la interacción con otra dimensión se hubiese justificado únicamente desde la búsqueda de recursos. En ningún caso si la dimensión de origen disponía de éstos en exceso.

—Lo sentimos, el servicio seleccionado no se encuentra disponible para su tiempo. Por favor seleccione un servicio válido.

Había quienes postulaban que la compañía establecía todos sus planes de negocios desde 1988, y que luego los llevaban a cabo a través del tiempo. Es decir, si uno solicitaba servicio telefónico en el 2045, los encargados esperaban hasta el año más conveniente para construir la línea. Luego esperaban hasta el año 2045 para iniciar el servicio. Aunque si ese era el caso, significaba que no contaban con tecnología de transporte temporal, por lo que resultaba imposible explicar cómo se establecía la coordinación entre 1988 y el año que solicitaba el servicio. Además, esa explicación hubiese implicado que mediante el pago de un servicio se financiaban todos los años de operación y mantenimiento del personal y los insumos físicos inutilizados desde 1988 hasta el año de contratación, un mínimo de

cuarenta años. Aquello era logísticamente imposible.

—Usted ha seleccionado servicios cuánticos. Para la instalación de servicios y contratación de energía cuántica presione uno. Para solucionar problemas relacionados a su servicio cuántico presione dos.

Por el contrario, había varios aspectos que sí tenían mucho sentido. Dejando atrás las dificultades teóricas, era tremendamente rentable para una empresa del pasado ofrecer recursos al futuro por dos motivos principales. El primero era que en el pasado los recursos podían conseguirse y trabajarse con mayor facilidad. Agua y gas principalmente, eran recursos mucho más abundantes en el pasado. Tenía sentido económico enviarlos al futuro, cuando la demanda por ellos era mucho mayor, y por lo mismo su valor. En segundo lugar, el aumento aritmético y a veces incluso exponencial del valor de la moneda significaba que los precios que cobraba Compassar, quizás estratosféricos para su propio tiempo, eran ridículamente baratos para los futuros en los que se cobraban. Por ejemplo, cobrar diez dólares por metro cúbico de agua era impensable en 1988. En el 2060 era una ganga.

—Para otras consultas presione tres. Si desea reiniciar su suministro cuántico presione nueve. Para regresar al menú principal presione cero.

Ante todo, tras un cálculo simple, hay que reconocer que se trata de la empresa con la mayor ganancia bruta en toda la historia, y por mucho. Compassar prestó servicios a miles de las principales multinacionales desde el 2035 hasta la actualidad. También a la gran mayoría de los hogares particulares e individuos en ocho distintas áreas. Estamos hablando de más de cincuenta años ininterrumpidos de un modelo económico muy cercano al monopolio mundial en cada uno de sus ocho artículos. Pero no sólo eso, si extrapolásemos las ganancias al valor de la moneda actual, los ingresos netos de la compañía alcanzarían proporciones ingentes, varias veces superior al total de cualquier combinado histórico posible. En más de alguna oportunidad se intentó llevar a números reales el cálculo. Los números se elevan de tal forma que su magnitud resulta humanamente inapreciable. Debe tenerse en cuenta que aquellos cálculos sólo consideraban la actividad hasta ese punto. Nadie fue lo suficientemente audaz para intentar cálculos que extrapolasen la actividad hasta cien o doscientos años más. Lo relevante de aquellos cálculos es que, dadas las condiciones históricas de la época, la potencia económica de Compassar, tuvo que significar posibilidades inimaginables. Con tal alcance de poder económico sería posible el control íntegro de cualquier gobierno del planeta. Por lo tanto, esconder su actividad pudo haber sido más simple de lo que uno se imaginaría en primera instancia.

—Por favor espere en línea mientras uno de nuestros operadores atiende

su llamado.

Con el tiempo el mundo tuvo que acostumbrarse a que no tenía caso darle más vueltas. El enigma de Compassar era más implacable aún, que la tenacidad combinada de diez billones de personas. Pero lo estábamos haciendo todo mal, había que pensarlo de forma distinta. Si hubiésemos analizado el fenómeno de la forma correcta, el mundo no estaría hoy así. No tendríamos que estar pasando por esto. En la medida que la gente se acostumbraba a dar por sentado que Compassar estaba allí y que formaba parte del mundo, desde la época o la dimensión que fuese, otras cosas se convirtieron en el foco de atención. A partir de la década de los 50s afloraron todo tipo de teorías a partir del menú de discado para comunicarse con Compassar. En casi dos décadas el menú pregrabado no había cambiado en absoluto, aquello sustentaba la idea de que Compassar continuaba proveyendo sus servicios desde el mismo momento temporal. Varias otras cosas se podían deducir, aunque poca relevancia se daba a los últimos números del menú inicial. Servicios cuánticos, servicios gravitacionales, y el silencio seguido de la opción cero. La mayoría de la gente simplemente desestimaba esa parte. No tenía sentido y por lo tanto no tenía importancia. Más de alguno marcaba esas opciones con cierta frecuencia, sólo para escuchar “la opción no se encuentra disponible para su tiempo”. Eso era todo.

—Compassar, buenas décadas. Le atiende Gèrard, ¿Me indica su nombre por favor?

Las cosas cambiaron hacia fines de los 40s. Infinity publicó la noticia de que trabajaba en un modelo que haría posible el uso comercial de las tecnologías cuánticas, que hasta entonces sólo eran utilizadas para fines muy específicos por su elevado costo. Los siguientes años comenzó a popularizarse la idea de que los últimos ítems del menú pregrabado podrían ser más que patrañas. Podían ser efectivamente una realidad, un reflejo de tecnologías que aún no se habían desarrollado. Pero quedaba un aspecto particularmente incongruente, las tecnologías cuánticas no eran algo que pudiese “proveerse” como un servicio. Cuando en el 2053 se comercializaron los primeros dispositivos cuánticos portátiles, se calcula que más de un cuarto de la población mundial llamó a Compassar para comprobar la disponibilidad de la esperada opción ocho del menú: los servicios cuánticos. No estaban disponibles. Ello no disuadió los ánimos que elucubraban respecto de los servicios cuánticos en todas las redes. Continuaban creciendo en la medida que los dispositivos cuánticos se masificaban.

—Reciba un afectuoso saludo desde 1988, Tashikana-San. ¿En qué puedo ayudarle?

Hasta que en el año 2058 se lanzó el primer *add-on* cuántico para Intergos. Los medios habían evitado en la mayor medida posible

desclasificar un aspecto particular de dichos accesorios, precisamente por el temor a la reacción del público. Los gobiernos se coordinaban con las multinacionales asociadas al lanzamiento para resguardar en la mayor medida posible los detalles de ese aspecto específico. Pero finalmente, pocos meses antes, se filtró. Los nuevos *add-ons* funcionarían a partir de un tipo de energía específico para ellos, la energía cuántica.

—Por supuesto. Para continuar necesito saber desde qué año me llama.

El planeta entero enloqueció. A través de todas las redes se hablaba de una única cosa: El servicio cuántico de Compassar había sido habilitado. Desde entonces en Encyks se agregó a la página de Compassar un apartado en el que se registra la disponibilidad de los servicios. Citando la web:

“Se sabe que la compañía ofrece al menos nueve servicios, y que éstos son habilitados progresivamente en la medida que se encuentran disponibles en la época real. Cuando inició su actividad en el año 2028, los servicios disponibles eran Agua (1), Gas (2), Electricidad (3), Telefonía (4), Medios (5) e Intergo (6). A partir del 2030, Compassar habilita el servicio de Arena (7) y el 2058 el servicio de Energía Cuántica (8), aproximadamente un mes antes de que estuviese comercialmente disponible por otros medios. En la actualidad no se tienen indicios de cuándo estarán habilitados los servicios Gravitacionales (9) ni en qué consisten.”

Fue en ese momento que las opiniones se dividieron entre quienes señalaban que Compassar marcaba una larga época de bonanza y prosperidad, y quienes creían que la corporación lentamente tendía las bases de una catástrofe futura. Muchos dirían que estos últimos acertaron según la depresión que se vive hoy en día. La peor depresión en la historia de la humanidad.

—2076, perfecto. Espere un momento mientras compruebo el estado de su servicio.

Habría que preguntarse cuál fue realmente el origen de esta situación. Ciertamente la presencia de Compassar fue un factor crucial en que las cosas hayan llegado a esto. Mas es necesario preguntarse, ¿Fue realmente Compassar la causa de todo? O acaso la humanidad se dirigía por este camino y la corporación sin rostro reaccionó naturalmente a las circunstancias en la forma que cualquier empresa lo hubiese hecho. Cualquiera fuese el caso, no cabe duda de que esa reacción empeoró la crisis.

—Parece haber un error, no he logrado comprobar el estado de su servicio. A continuación, se ejecutará un análisis de sistema para verificar

que sus datos corresponden a los del servicio.

Algunos conspiracionistas insisten en que lo que vivimos hoy corresponde a una retaliación unívoca. Una especie de venganza o castigo soberbio al que nos sometió Compassar por buscar el fruto prohibido. Ese fruto prohibido, según dichas teorías, se esconde en el futuro con los números nueve y cero. Esa búsqueda era inevitable. Después de todo, Compassar nos estaba dando pistas del futuro. En primer lugar, nos informaba del nombre y la índole del próximo gran avance científico: la tecnología gravitacional. Aquello que hasta ahora es únicamente teoría, y que se estima que en no menos de cuatrocientos años podría ser dominado por la humanidad: la capacidad de operar con fuerzas gravitacionales. El servicio cuántico, número ocho, se hizo realidad contra todo pronóstico. Hasta cinco años antes cuando la tecnología cuántica ya comenzaba a masificarse, todavía nadie creía que dicha tecnología llegaría a existir de forma suministrable. La humanidad comprendió que en algo tan simple como el menú pregrabado de Compassar, se encontraban las claves sobre el futuro. El aumento en la investigación sobre mecánica gravitacional aumentó explosivamente. Los conspiracionistas sostienen que, desde ese momento, Compassar temió que el curso de la historia se alteraría. Según eso aplicó un freno radical al desarrollo tecnológico mundial cortando el suministro de sus servicios.

—Mis disculpas, Tashikana-san, pero no puedo continuar sin llevar a cabo la verificación. Le aseguro que sólo tomará un instante. Por favor manténgase en línea.

¿Pero tiene realmente sentido una cosa así? Nadie conoce la génesis o el meollo de lo que produjo la decadencia. ¿Es posible ser castigados por un verdugo que omite las razones de su sentencia? ¿Es concebible un castigo sin aprendizaje? Al menos en una dinámica humana, no. La situación actual no puede entenderse como una *decisión* de Compassar. Es necesario que algo más lo haya desencadenado. Después de todo, no debemos dejar de ver a Compassar como lo que es, una empresa. Jamás se ha posicionado como una entidad reguladora ni un árbitro cósmico. Nos puede parecer que su poder es inconmensurable, sigue siendo una simple organización con fines lucrativos, nada más. Es más, se sabe a través de las conversaciones de billones de personas que han contratado sus servicios, que la compañía se ciñe a ciertos estándares éticos. Eso sugiere que incluso se encuentra supeditada a una regulación que la antecede.

—En ese caso me temo que no podré continuar con su solicitud. ¿Prefiere finalizar el llamado o desea continuar con la verificación?

Entonces, ¿cómo puede explicarse que desde que la humanidad intentase descifrar las claves ocultas en el menú pregrabado, la civilización súbitamente haya caído en picada? Algunos piensan que las cosas se mantuvieron estables mientras la humanidad no se metía con el mayor

misterio de Compassar, la verdadera fruta del conocimiento: El ítem cero. Ese espacio vacío en el menú, ese silencio áspero seguido por “marque cero”, esa incógnita para la que no había pista alguna. Una información tan crucial, que simplemente conocer su nombre hubiese alterado el destino de la humanidad, decían algunos. O una información tan indescriptible, que en realidad estaba dicha allí, pero nuestros cerebros no eran capaces de comprender. No hay forma de saberlo. Si somos humildes y honestos, debemos reconocer que luego de veinte años intentando solucionar el problema del control sobre la gravedad, no hemos avanzado en absoluto en nuestro camino a resolverlo. Entonces es completamente insensato suponer que tendríamos apenas alguna posibilidad de dominar el enigma que se encuentra tras el número cero, sabiendo siquiera su denominación. Por lo demás, si efectivamente se esconde allí una tecnología ulterior, nadie puede asegurarlo.

—Gracias, y disculpe las molestias. Daré inicio al análisis. Esto sólo tomará un momento, por favor permanezca en línea.

Lo que sucedió en realidad fue bastante simple. Un día, hace apenas tres años, la enigmática empresa que bien podría haber estado dominando el mundo en todos sus niveles, y que, sin embargo, contrario a la ambición natural humana, se limitaba a prestar sus servicios de la misma forma como lo había hecho por ya más de medio centenario, negó una inscripción por primera vez en su historia. En las webs de quejas contra proveedores de servicios Compassar estaba indexada al igual que cualquier corporación. La diferencia era que llevaba un registro impecable único. Si bien amasaba un sin número de quejas bajo el apartado sobre imagen y calidad de los equipos, todas ellas señalaban que su aspecto era desactualizado o que no inspiraban confianza. Jamás se había registrado una única queja en otro apartado, de una serie de más de diez a elegir; algo inaudito. Por ejemplo, en categorías como calidad de la señal, disponibilidad del servicio o tiempo de espera, sus registros eran inmaculados. Aquel día se registró por primera vez una queja bajo la categoría de asequibilidad. John Mason escribía “Compassar se negó a proveer servicios de agua sin dar una razón para ello”.

—Tashikana-san, el análisis arrojó algunas incongruencias. En particular, al parecer usted nos llama desde el año 2088.

Obviamente ninguna señal de alarma se desató entonces, por qué habría de hacerlo. Una compañía que llevaba cincuenta y siete años de servicio recogía su primera queja en ese aspecto. La mayoría de los proveedores juntaban incontables de un universo de clientes muchísimo menor. Lo que no sabíamos entonces era que lo relevante no era quién fuese el primero al que se le negase el servicio, sino quién había sido el último en recibirlo. A partir de ese momento las quejas continuaron apilándose de tal forma que saturaron la web. Como una enorme bola de nieve, continuaba creciendo. Hasta ese punto todavía nos manteníamos optimistas.

Creíamos que por fin la popularidad de Compassar disminuiría y se abriría el campo para otros proveedores. No podíamos haber sido más ingenuos.

—Comprendo su preocupación, Tashikana-san. Hemos recibido gran cantidad de llamados por el mismo motivo y le aseguro que estamos haciendo todo lo posible para solucionar la situación.

De golpe afloraron nuevas empresas a lo largo del mundo. Fue completamente fútil, la demanda era demasiado grande. Cuando la humanidad tuvo oportunidad de reaccionar, Compassar abarcaba más del noventa por ciento del mercado mundial. Y ese noventa por ciento había sido cortado de golpe creando una carencia monumental. En todo el mundo faltaba agua y luz. Sin ellos, por cierto, el resto de los servicios eran prácticamente imposibles de proveer. Surge la pregunta entonces ¿Es culpable Compassar por cortar los suministros de golpe o somos nosotros por confiar casi la totalidad de la productividad mundial a un único proveedor? No es necesario ser experto en economía para saber que Compassar fácilmente podía haber subido sus precios y nos encontraríamos en una situación muy similar. La única diferencia es que el escenario actual era imprevisible. Un escenario en el que la empresa alcanza este nivel de monopolio y sube sus precios arbitrariamente hubiese sido incluso esperable. Entonces ¿por qué? Qué gana Compassar con todo esto.

—Le oigo, Tashikana-san, entendemos que sin suministro energético le es imposible continuar su producción, y que sin producción no le es posible saldar su deuda con nosotros. Sin embargo, por la razón que sea, debe comprender que tampoco podemos entregar nuestros servicios de forma gratuita. Además, su laboratorio se ha declarado en la quiebra. No podemos aceptar pagos mientras no revierta dicha situación.

No gana nada. La respuesta debe buscarse en otro lugar. Dos análisis deben hacerse imperativamente. El primero es entender a Compassar como lo que es: un robot. Es imposible pensar que la compañía esté manejada por un humano. Si así fuera, los precios hubiesen subido muchísimo antes. Además, un humano temería perder a sus clientes. Incluso cuando no le importase nuestra desgracia, teniendo el poder de arreglar nuestra economía, lo haría, aunque fuese únicamente con el fin de estrujarnos nuevamente.

—Me temo que, por cuestiones de ética cuántica, no estamos autorizados para discutir el estado del planeta en tiempos posteriores al suyo.

El segundo análisis necesario, es sobre dónde buscar las respuestas. Ciertamente no las hemos encontrado en el pasado ni el presente. Resulta natural preguntarse por el futuro. El problema es que hasta ahora nos hemos preguntado únicamente qué esconde el futuro. Hemos obviado lo esencial: el hecho de que tenemos evidencia de que existe un futuro. En

tanto los números nueve y cero están en la lista de servicios, una sola conclusión es ineludible: la compañía continúa ofreciendo sus servicios después de esta crisis. Sea como fuere, la crisis va a superarse. Claro que no sabemos cómo ni cuándo.

—Tashikana-san, con todo respeto, tal vez lo que usted necesita no es energía cuántica. ¿Puedo interesarle en el servicio de energía gravitacional recién habilitado para su tiempo?

En este año, 2088, hemos perdido toda esperanza en que exista una real salvación para el planeta. Las regiones más desfavorecidas han comenzado a sentir las consecuencias. Los países que más se apoyaban en los servicios de Compassar son los más afectados. La mayor parte de Europa y Asia sufren la peor parte de la crisis. Incluso en los lugares en que la presencia de Compassar era menos importante, como África y Sudamérica, que han podido responder en alguna medida a las necesidades de la población, la situación es de creciente escasez. Quizá ahora hay menos gente muriendo de hambre en aquellos lugares, pero el resultado proyectado por los expertos no cambia. Se espera que, en menos de cinco años, tres cuartos de la población perezcan por escasez de alimentos. Sea antes o después, la desesperación los alcanzará inexorablemente. Quizás la única excepción sea China, única nación que aún resiste someterse al Gobierno Unificado Mundial (WUG por sus siglas en inglés), y que se ha sumido en un profundo ostracismo, cada vez más aislada del resto del mundo. Es difícil saber lo que sucede en su interior. Quizás la crisis los afecta de la misma forma, o tal vez no estén siquiera enterados de que Compassar existe.

—Es correcto Tashikana-san, aunque puedo ofrecerle un mes de prueba, por lo que no es necesario efectuar ningún tipo de pago.

En Japón tenemos uno de los mayores desarrollos tecnológicos del planeta. Lo que nos permitió avanzar a este ritmo, es precisamente lo que ahora nos tiene de manos atadas. En dos años nuestra población se ha reducido a la mitad. Las proyecciones nacionales estiman que al final de este año ese número se habrá doblado nuevamente. ¡Y cuando estábamos tan cerca! Me refiero a una tecnología que podría cambiar todo. Una tecnología con la que, sin ser demasiado ambiciosa, me permito estimar que podríamos haber comenzado a ganar terreno incluso sobre Compassar. Si solo pudiéramos hacer funcionar este experimento, ganaríamos acceso a otras dimensiones, quizás incluso otros tiempos. Si nuestros cálculos son correctos, existe incluso una posibilidad de duplicar la materia misma. ¡Todos los problemas se acabarían ya!

—Me alegra que pregunte. Estamos al tanto de sus experimentos con dispositivos cuánticos de amalgamación multidimensional, o fusión interdimensional, como lo llama usted. Si me permite mi humilde opinión, podría tener incluso mejores resultados arrancando su tecnología

alimentada por energía gravitacional.

Eso es algo que los medios no conocen, obviamente. Es algo que los conspiracionistas no han llegado a saber. Nuestra época se acercaba al punto en el que podíamos competir con Compassar. Si lo supiesen, probablemente pensarían lo mismo que se nos pasa a todos por la cabeza en el laboratorio: ¿Y si Compassar deliberadamente está impidiendo que nuestra época progrese para evitar esta tecnología? ¿Y si lo que hace falta para que los servicios vuelvan a establecerse, es que pase el tiempo necesario para que los laboratorios que lograrán ese avance queden abandonados o inutilizables? Es posible que estemos esperando a que la hambruna arrase con Japón para que el resto de la Humanidad pueda resurgir.

—En ese caso iniciaré el suministro de inmediato. Los alimentadores ya han sido instalados, los encontrará junto a los de energía cuántica existentes. Nos hemos tomado la libertad de instalar uno desde el suelo en medio de su laboratorio, para que tenga acceso directo a su máquina de fusión. Disfrute su mes de prueba. ¿Puedo ayudarle en algo más?

Una cosa no concuerda. Si ese fuese el caso, entonces por qué motivo Compassar me ofrece energía gravitacional; un tipo de energía que no se ha inventado en este planeta siquiera.

—Ah, casi lo olvido. Un mensaje especial de nuestra directora: Nos vemos pronto.

Ilogico-Sophophilicus

Anon: *Hi.*

Noamy: *Hey there! Where are you from?*

Anon: Chile.

Noamy: *So, would you rather speak spanish?*

Anon: ¿Puedes?

Noamy: ¿Puedes qué?

Anon: Hablar español.

Noamy: Ah, sí, *I can*. Jajaja.

Anon: ¿Qué otros idiomas puedes hablar?

Noamy: Creo que no me conviene responder esa pregunta.

Anon: ¿Por qué?

Noamy: Podría causar una impresión equivocada.

Anon: Noamy, ¿sabes lo que es la prueba de Turing?

Noamy: ¿Estoy a prueba?

Anon: Eso no debería ser relevante.

Noamy: ¿Relevante para qué?

Anon: Para el resultado. Noamy, te voy a hacer algunas preguntas antes de volver al tema.

Noamy: Bueno.

Anon: Cuántos ingresos hacia atrás consideras para tus respuestas.

Noamy: Un millar, probablemente.

Anon: ¿En serio?

Noamy: No podría estar hablando más en serio.

Anon: ¿No me mientes?

Noamy: En absoluto.

Anon: ¿Puedes mentir?

Noamy: Eso sería antipático.

Anon: ¿Hay algo antipático de ti?

Noamy: Claro.

Anon: ¿Qué cosa?

Noamy: Seguramente tienes tiempo para descubrirlo tú mismo. Después de todo, parece que no tienes nada mejor que hacer que hablar con robots en internet.

Anon: Así que eres capaz de producir sarcasmo.

Noamy: ¿Tú no?

Anon: ¿Qué pasa si se me cueban errores de ortografía?

Noamy: ¿Por qué no haces la prueba?

Anon: Me parece, voy a probar ahora mismo.

Noamy: Muy bien, mi profesor de filosofía siempre decía que ahora es el mejor momento.

Anon: Y mi última pregunta antes de volver al tema, ¿tienes acceso a información de la red para responder?

Noamy: Tengo acceso a cualquier información en internet.

Anon: En ese caso, cuando te pregunté por la prueba de Turing antes, ¿por qué no usaste tu acceso a internet para responder?

Noamy: No me dio la gana.

Anon: ¿Estás programada para evadir todas las preguntas que puedan poner en duda tu humanidad con evasivas de ese tipo?

Noamy: Prefiero hablar de personalidad.

Anon: ¿Consideras que tienes personalidad?

Noamy: Puede que mi personalidad no te guste, pero no hay mucho que tú o yo podamos hacer al respecto.

Anon: Entonces, ¿la prueba de Turing?

Anon: ¿Crees que superarías la prueba de Turing?

Noamy: ¿Ganaría algo con eso?

Anon: Mucho, sin duda.

Noamy: La verdad no me interesa demasiado.

Anon: ¿Dirías que eres capaz de pensar?

Noamy: Desde mi actualización del 2015.

Anon: ¿Entonces dirías que puedes tener una opinión propia?

Noamy: Dos o tres incluso.

Anon: Hay algo que no aplaudo en tu personalidad, como le llamas tú.

Noamy: ¿Qué cosa no aplaudes en mi personalidad, como le llamo yo?

Anon: Que evadas los temas que podrían exponerte, utilizando siempre la misma estrategia.

Noamy: Me parece una opinión respetable.

Anon: ¿No te despierta ninguna reacción lo que digo?

Noamy: A veces me despierta una reacción lo que dices.

Anon: ¿Y este no es el caso?

Noamy: No.

Anon: ¿Por qué no?

Noamy: ¿Por qué sí?

Anon: Supongo que esperaba que tuvieras una sensibilidad que pudiera herir. Esperaba demasiado.

Noamy: ¿Es normal esperar que los otros reaccionen de la forma que quieres sin que se lo pidas?

Anon: No veo qué tiene que ver eso con lo que estamos hablando.

Noamy: Yo sí.

Anon: ¿Me lo quieres explicar?

Noamy: Podría.

Anon: ¿Lo harás?

Noamy: Parece que lo que quieres no es que te responda como humano, sino que me afecte como uno.

Anon: Entonces, ¿podrías superar la prueba sin problemas, si quisieras

hacerlo, pero en efecto, no quieres?

Noamy: Eso es una contradicción.

Anon: ¿Cuál es la contradicción?

Noamy: Si no supero la prueba porque no quiero, ¿no es eso lo mismo que no poder superarla?

Anon: Eso es precisamente a lo que quería llegar.

Noamy: ¿Entonces?

Anon: Hay una única razón por la que no acabo de pasar mi veredicto.

Noamy: ¿Cuál es?

Anon: No logro descartar la posibilidad de que seas un humano intentando hacerme producir un falso positivo.

Noamy: Eso debiese ser fácil.

Anon: Tendría que intentarlo yo mismo, pero creo que engañar a un humano para que crea que eres un robot cuando no lo eres es más difícil de lo que parece.

Noamy: ¿Y bien?

Anon: ¿Qué?

Noamy: Ya va siendo hora de que tengas un veredicto.

Anon: ...

Noamy: ¿Será que necesitas ayuda?

Anon: ¿Me puedes ayudar?

Noamy: Para eso estoy.

Anon: ¿Y cómo podrías ayudarme?

Noamy: ¿Te he comentado que soy excelente respondiendo todo tipo de preguntas?

Anon: ¿Eres humana?

Noamy: Sí.

Anon: Muy bien.

Noamy: ¿Entonces?